

el camino por una enfermedad, coge la espada de condestable, y después de haber fijado algún tiempo sus ojos húmedos en ella: tú me has ayudado, dijo, á vencer los enemigos de mi rey; pero tú me has procurado otros irreconciliables á su lado. Después volviéndose al mariscal Sancerre, añadió: Te la entrego, protestando que no he faltado al honor que se me hizo al dármela. Descubriendo entonces su cabeza la besó. Su última recomendación á los que le rodeaban, fué decirles que en cualquier punto donde hiciesen la guerra, se acordasen de que los eclesiásticos, mujeres y niños no son enemigos; después murió á la edad de sesenta y seis años (1380). Carlos V hizo colocar sus restos cerca de los reyes en San Dionisio, adonde le siguió poco después, envenenado, según se dice, por Carlos el Malo. En su lecho de muerte dió á su hijo prudentes consejos. Habiéndose hecho llevar la corona de espinas, la veneró; después pidió la corona real, y cuando la pusieron á los pies de su lecho: ¡Oh corona de Francia, esclamó, preciosa corona, y á esta hora tan impotente, envilecida! ¡Preciosa por el misterio de la justicia que encierres; más vil que lo más vil, por las angustias, tormentos, fatigas, dolores de corazón, de cuerpo y espíritu, los peligros de conciencia que causas al que la lleva! ¡Oh! ¡si pudiesen preverse, te dejarían caer en el fango antes que desear llevarte!

En medio de los anteriores desórdenes, los edificios estaban arruinados, las manufacturas habían cesado, las tierras habían quedado sin cultivo, y la miseria se había aumentado; era, pues, preciso restaurarlo todo, repoblar la nación y restablecer el orden general (17). Los ciudadanos se unieron

(17) Petrarca, que volvía á ver á Paris en 1360, habla de él en estos términos en las *Cartas familiares*, lib. XXII, ep. 14; y en sus *Senil*, lib. IX, 1: «A la vista de este reino asolado por el hierro y el fuego, no me podía persuadir de que era el mismo que yo había visto en otro tiempo tan rico y floreciente. No se descubría en rededor [más que] soledad, miseria espantosa y universal desolación. Tierras incultas, campiñas asoladas, casas arruinadas, ó más bien ni una casa, escepto aquellas que estaban ó defendidas por fuertes, ó dentro de los recintos de las ciudades. Por todas partes se notaban las huellas de los ingleses, y las frescas cicatrices de las heridas que habían abierto. La rabia de los hombres y el furor de una prolongada guerra habían cambiado el aspecto de aquel país hasta el punto de que no pude contener mis lágrimas; porque no soy de aquellos á quienes la predilección de su suelo natal hace odiar ó despreciar otros países. No vi en rededor de la desgraciada ciudad más que ruinas, escombros y vestigios de incendios. ¿Dónde está aquel Paris, que aunque inferior á su reputación, es engrandecido por las jactancias de los suyos, y fué no obstante una eminente metrópoli? ¿Dónde están las numerosas partidas de estudiantes? ¿Dónde el ardor por los estudios? ¿Dónde las riquezas? ¿Dónde la alegría de sus moradores? Ha cesado toda la concurrencia de viajeros: apenas existe seguridad dentro de las ciudades muradas. Pero lo más afrentoso y más digno de compasión es que el mismo rey Juan y su hijo Carlos no pudieron llegar

al rey para rechazar las hordas de salteadores; y así volvieron á estar seguros los grandes caminos; se facilitaron las comunicaciones; y á la par que Eduardo había arruinado á sus súbditos con sus conquistas, Carlos V, con sus buenas intenciones restauró su nación. Habíase propuesto un objeto y lo proseguía con constancia, eligiendo acertadamente sus ministros, sus consejeros, sus capitanes. Detenia á las gentes en las calles de Paris para platicar con ellas y oírlas, y decía: «Más estimo tener buena opinión de un malvado, que pensar mal de un hombre de bien.» Como se le refiriera que una persona á quien había hecho beneficios hablaba mal de él, respondió: «Eso no es posible; ¿cómo cabe que un hombre á quien hemos hecho tanto bien hable mal de nos?» Todavía á pesar de tantas guerras pudo dejar 17.000.000 (200.000.000 de hoy) en el tesoro, sin haber alterado la moneda. A fin de acortar las regencias, decretó que en lo sucesivo los reyes de Francia serian mayores á los catorce años.

Carlos VI.—Dejó un niño y queriendo que la regencia fuese distinta de la tutela, dió la primera al duque de Anjú. Habiendo fallecido la reina, los duques de Borgoña y de Borbon se disputaron la tutela con tanto encarnizamiento que estaba próxima á estallar la guerra civil, cuando los ruegos y las manifestaciones de los tres órdenes, les determinaron á remitir la disputa á la decisión de cuatro árbitros. Estos dijeron que el rey seria declarado mayor y coronado, y que el duque de Anjú gobernaría en su nombre.

Maillotines.—De consiguiente, al feudalismo humillado se había sustituido otra plaga, la de los príncipes de la sangre, ó de los señores de la flor de lis, como se les llamaba entonces. Tenidos á raya por reyes fuertes, abusaban de su poder bajo débiles monarcas ó durante las regencias. Deseando dinero el duque de Anjú para conquistar el reino de Nápoles, se apropió el real tesoro; esquilmo á las provincias, sacrificó á los judíos, é impuso en Paris una contribución sobre todos los comestibles. Llegó el exactor á exigir el pago á un herbolario que revendía berros, y el pueblo le hizo pedazos; desprovistos de armas los rebeldes, corrieron al arsenal y forzaron la entrada, y habiendo encontrado mazas guarnecidas de plomo (*maillotines*), se sirvieron de ellas para dar muerte á los hombres del rey (1381). Cuando volvió el duque mandó que fueran arrojados al Sena los jefes de los gremios.

Batalla de Rosbecque.—Después de la partida del duque de Anjú á Italia, pasó el gobierno á manos del duque de Borgoña, Felipe el Atrevido, príncipe que no tenía ambición de dinero, sino de

sanos y salvos á Paris, sino negociando con los bandoleros que les asaltaron en el camino. ¡Oh reino infortunado! ¿Podrá la posteridad creer nunca en tan gran ludibrio de la fortuna?»

mando. Como debía heredar á Flandes por su esposa, llevó la guerra contra los flamencos que se habían sublevado nuevamente. Reunidos en cofradía los rebeldes con el nombre de capuchinos blancos, y bajo las órdenes de Felipe de Arteveld, hijo del rey cervecero, mataban á todo el que no tenía las manos callosas, y demolían los edificios, diciendo que no querían dar cuartel á nadie, á escepcion del rey, y eso por miramiento á su juventud (1382). Un capitán decía á Arteveld: «Sé cruel y fiero, porque se necesita ser así para guiar á los flamencos: con ellos para nada se deben tener en cuenta las vidas, ni acreditar más compasión que la que se manifiesta respecto de las golondrinas y de las alondras en la caza. Con efecto, desplegó tanto rigor como hubiera podido desplegarlo un noble, pero con esto fomentó sediciones; fueron derrotados los flamencos en Rosebecque, y rotos sus palos por las lanzas de los hidalgos franceses: hasta Arteveld perdió la vida. Envanecido el joven rey con el desenlace de aquella batalla, cuyo éxito se le atribuía porque había dado la señal de ella, reprimió á los mallotinos por medio de suplicios, y trató como enemigas á Paris y á las demás ciudades, que desunidas y sin habilidad en las armas, no pudieron resistir á una nobleza aguerrida.

Una vez afianzado el duque de Borgoña en los Países Bajos por el doble matrimonio de sus hijos con la casa de Baviera, y viéndose con un pié en el territorio del Imperio, del mismo modo que tenía el otro en Francia, quiso hacer una tentativa contra Inglaterra y trasladar á aquella isla la guerra, que ésta no había cesado de hacer á la Francia. Más de mil y quinientos buques fueron reunidos en el puerto de la Ecluse, y hasta se cargó en ellos una ciudad portátil de tres mil pasos de diámetro, destinada á prestar abrigo á las tropas desembarcadas, y á ofrecer un asilo á los descontentos. Debían embarcarse la nobleza y el rey en aquella escuadra con cien mil hombres y veinte mil caballos. Con razon se espantaba la Inglaterra de aquellos preparativos; pero el duque de Berry, ora por traición, ora por despecho de que el proyecto fuera de otros y no suyo, retardó el embarco hasta la mala estación, lo cual fué causa de que se malograra todo. Se echaron á perder las municiones, se dispersaron los buques, y hasta fué amenazado el puerto de la Ecluse (1386). Por último, se concluyó una tregua de veinte y ocho años, y esta empresa tuvo el peor desenlace, como todas las que fueron sugeridas por los duques, tios del rey, no en interés de la Francia, sino por su particular provecho.

Al fin Carlos VI empuñó las riendas del gobierno; pero después de haberse mostrado indolente y disoluto, no tardó en aparecer loco. Ya había dado señales de melancolía y de enajenación mental en la época de su expedición contra Pedro de Craon, asesino del condestable de Clison. Se dirigía á la Bretaña cuando al cruzar la selva del Mans, vió salir de allí una estraña figura que detuvo su caballo, diciendo: *No cabalques más adelante porque*

estás vendido. Desde entonces se halló asediado por todas partes de visiones espantosas; atacaba espada en mano á los que formaban su comitiva, y se conducía como un hombre demente. Sin embargo, recuperó el juicio; pero habiéndose vestido de sátiro, en ocasión de una fiesta, con cinco jóvenes señores, atados unos á otros, se prendió fuego al traje de estopa de uno de ellos: sus compañeros, á escepcion de uno solo, se quemaron vivos, y el rey no debió su salvación más que al valor de su cuñada Valentina de Milan (1395). El susto que esperimentó le produjo una recaída, y ya no sanó durante los treinta años que sobrevivió á este accidente, entre el delirio y el idiotismo. Sólo Valentina Visconti conseguía devolverle alguna vislumbre de razon por momentos. A veces aspiraba á recuperar el sosiego, visitando los santuarios, ó persiguiendo á los blasfemos y á los judíos: también recurría en ocasiones á los cabalistas, á los charlatanes y á los hechiceros: con más frecuencia se entregaba á banquetes y pasatiempos; especialmente al juego de las cartas, que se hizo entonces de moda (18) y que le alejaba de la reflexión, haciéndole olvidarse de todo.

Entonces renacieron las disensiones sobre la regencia, que se disputaron Luis de Orleans, hermano del rey, los duques de Borgoña y de Berry, estimulados además por la ambición de sus mujeres. El duque de Orleans, que dilapidaba las rentas dado á las mujeres, se jactó de haber triunfado de Margarita de Borgoña, citada como modelo de virtud, y fué asesinado por su marido el feroz Juan Sin Miedo, que acababa de comulgar en su compañía (1407). Viéndose el asesino blanco del horror de todos, confesó paladinamente que le había tentado el diablo. Poniéndose entonces á la cabeza de los descontentos, adquirió un poder que rivalizó con la autoridad real, y volvió á Paris al frente de ochocientos ginetes cubiertos de hierro, para justificarse. Maese Juan Petit, profesor de teología en la universidad, demostró con ayuda de doce razones, según el número de los apóstoles, que el duque había procedido con rectitud en defensa de Dios, del rey y de la nación, sosteniendo que es lícito y hasta meritorio dar muerte á un tirano, cualquiera que sea el medio que se emplee. Vanamente Gerson, canciller de la universidad y el arzobispo de Paris, refutaron esta proposición, pues no pudieron alcanzar que Petit fuera condenado por el concilio de Constanza: tan poderoso era el apoyo del duque de Borgoña. Absuelto Juan Sin Miedo, se hizo soberano de la familia real y se apoderó del gobierno.

Borgoñones y Armagnacs.—En tanto estaba perturbado el reino por las diferentes facciones de la reina, del duque de Berry, del duque de Orleans, del rey de Sicilia, todos los cuales se ligaron contra Juan Sin Miedo, y se dejaron guiar principal-

(18) Véase tomo V.

mente por el conde Bernardo de Armagnac, quien dió su nombre á este partido. Entonces la guerra civil se hizo á un mismo tiempo entre tropas regulares y milicias urbanas, entre caballeros y pecheros, entre los asesinos del Borgoñon y los bandidos de Armagnac. Por ambas partes se recurria al extranjero, y parecia como si porfieran respecto de quien cometeria más traiciones y asesinatos. Durante este tiempo permanecia el rey absorto en sus ideas sombrías, ó daba fiestas y dejaba al duque de Borgoña al frente del gobierno.

Quiso el delfin sustraerse á esta autoridad (1412); pero los asesinos, que constituian la principal fuerza de las asonadas populares, atacaron su palacio, así como la Bastilla, é hicieron atribuir á sus jefes ó camaradas el gobierno de Paris, de Saint-Cloud y de Charenton (1413). Entre tanto, habiendo conseguido el duque de Orleans tomar á Paris, salió de allí Juan Sin Miedo, y como no pudo sublevar á Flandes, tuvo que humillar la cabeza, y se prohibió desde entonces designar á nadie con los nombres de borgoñones ó de armagnacs (19).

(19) Juan Orsini.—Estos tiempos de horror produjeron un magistrado, de los pocos que deben la fama de su virtud á sus propios hechos y á su conciencia, mas no á la opinion del siglo. Juan Juvenal de los Orsini, pobre de nacimiento y que ejerció en sus primeros años la abogacia, mereció por su reputacion de valor y lealtad que el rey Carlos VI le nombrara preboste de los mercaderes, destino que se volvió á establecer entonces. Desde luego vió que impedian la navegacion algunos molinos construidos por los señores en el Marne y el Sena; y sin temer el poder de sus dueños ni al parlamento, solicitó del rey una orden para destruirlos y reembolsarse su valor. Obtuvo esta orden, y aunque se esperaban obstáculos para su ejecucion, la misma noche fueron derribados los molinos, quedando asegurada la subsistencia del pueblo.

En el primer acceso de locura de Carlos VI, los príncipes se apoderaron del gobierno, fueron perseguidos los ministros, se quitó la espada de condestable á Clisson y perdieron su libertad Nogent y la Rivière; pero Juvenal los defendió y salvó. Felipe de Borgoña irritado, quiso hacerle decapitar en la plaza, que era el fin de las personas que perdian la gracia, como hace algun tiempo lo era el destierro y hoy el olvido, y sobornaron testigos falsos contra él; pero Juvenal era muy querido del pueblo. Un tabernero que habia sorprendido las informaciones (combinábase las intrigas en una taberna del gobierno) se expuso á todo por advertir á Juvenal; y éste sin dar tiempo para que concluyesen su intento, se presentó atrevidamente á los príncipes y redujo al silencio á sus adversarios. Libre ya de este peligro conservó su valor y su fidelidad al rey y al Estado en medio de las facciones de orleaneses y borgoñones, se atrevió á reconvenir al duque de Orleans por sus locuras y disolucion, predecirle las consecuencias de estos vicios, y al duque de Borgoña por su union con hombres malvados y por su obstinacion en alabarse del asesinato del duque de Orleans.

El año 1410 fué nombrado abogado del rey en el parlamento en tiempo del gran cisma, y sostuvo que el rey podia reunir el clero, presidir el concilio, y después de consultarle someter la decision al papa.

Habia derribado el duque de Lorena las insignias de

Batalla de Azincourt.—Era necesaria la paz para resistir á los ingleses, cuyo nuevo rey, Enrique V, pedia la restitucion de todos los países cedidos por el tratado de Bretigny, y lo que se debía aun por el rescate del rey Juan. Como no se hizo justicia á sus reclamaciones, desembarcó en Normandía á la cabeza de treinta mil hombres (1415): marcharon contra él los franceses con fuerzas más considerables, pero se hallaron empeñados en Azincourt en un terreno fangoso, y fueron vencidos, á pesar de su número y valor. Muchos hidalgos de las primeras familias fueron asesinados después de haberse rendido bajo palabra, y mil quinientos quedaron prisioneros, entre los cuales se contó á los duques de Orleans y de Borbon; colonia de nobleza francesa, que fué trasladada á Inglaterra.

Entonces se halló la Francia en una situacion estremadamente crítica, sin jefes y sin dinero; por fortuna para ella la victoria habia costado cara á los ingleses, que no sacaron otra ventaja que poderse volver á embarcar sin ser inquietados, y hacerse pagar enormes rescates. El duque de Borgoña, que del mismo modo que el conde de Armagnac no habia tomado parte en la batalla de Azincourt, torna á aparecer entonces con veinte mil ginetes, á los cuales se juntan los aventureros. Vese reducido el rey á echarse en los brazos de Bernar-

Francia en las tierras que estaban bajo el supremo dominio del rey; el parlamento de Paris le condenó en contumacia á la confiscacion de bienes y al destierro. Sin embargo, el duque se presentó en la corte, protegido por el de Borgoña, que era entonces omnipotente. El parlamento envió al rey una diputacion para hacerle presente la necesidad de llevar á ejecucion el decreto, y Juvenal llegó con ella en el mismo momento en que el duque de Borgoña iba á presentar al rey al de Lorena. Expuso con energia las razones del parlamento, y diciéndole indignado el duque de Borgoña: *Juvenal, no es este el modo de obrar*, respondió Juvenal: *Pues este es precisamente, monseñor*, y añadió: *Que todos los buenos ciudadanos se unan á mí, y que los demás queden con el señor duque de Lorena*. El duque, atónito, dejó la amistad del de Lorena y se unió á Juvenal, de manera que aquél se vió obligado á implorar la clemencia del rey. Este hecho vale tanto como el de Popilio.

Después del asesinato del duque de Orleans, el de Borgoña, dueño de Paris, enviaba al suplicio á cuantos partidarios de Armagnac encontraba, y la corte estaba prisionera é insultada. Juvenal concibió la idea de librarlos y salvar al Estado. Siendo muy querido del pueblo, especialmente del de su distrito, reanimó su valor, excitó y moderó su celo, y se llevó á cabo la revolucion popular sin efusion de sangre. Pocos dias después salvó al rey, del cual quiso apoderarse el duque. Así en medio de un pueblo en revolucion, estando los príncipes y los grandes rodeados de soldados movidos únicamente por la ambicion y la idea de botín, un hombre sólo hizo renacer la paz, y todo le obedeció sin que él tuviera más fuerza que su virtud.

Quando el delfin se puso á la cabeza del gobierno, Juvenal fué nombrado canciller: declaróse la guerra al duque de Borgoña, que fué vencido, y Juvenal concluyó la paz. Habiéndole presentado después unas concesiones excesivas á aquel príncipe, se negó á poner el sello y perdió su destino...» VOLTAIRE, *Essais*, cap. 79.

do de Armagnac, quien revestido con el título de condestable, toma á su cargo la hacienda, el mando de las fortalezas, y gobierna con una severidad inflexible, ejerciendo venganzas apenas excusables por la necesidad de la defensa. El duque de Borgoña celebra alianza con la Inglaterra (1416), prometiendo reconocer á Enrique V por rey de Francia y ayudarle á ocupar el trono. Es secundado por la reina Isabel de Baviera, irritada contra el condestable, que habia revelado á su marido su infidelidad. Juan Sin Miedo lanza una proclama, en la que espone la orgullosa tirania ejercida por el conde de Armagnac respecto de la corte, y promete la abolicion de los impuestos. Se declaran en su favor muchas ciudades, y hasta la de Paris le es entregada. Vencedor el pueblo ejerce allí venganzas salvajes: son asesinados en las cárceles más de dos mil armagnacs, y entre ellos muchas personas de alta categoria, sacrificadas ora por animosidad personal, ora por codicia; después de lo cual el duque de Borgoña manda ahorcar hasta al verdugo Capeluche y á los demás instrumentos de aquel terror.

Habiendo entrado entre tanto en Ruan Enrique V (1419), hizo allí acuñar moneda en su nombre con el título de rey de Francia (20). El duque

(20) El título de rey de Francia gozaba además de gran importancia por el privilegio de curar á los escrofulosos solo con tocarlos. Ahora bien, se discutió sobre averiguar si este privilegio pertenecia al rey de Francia ó al de Inglaterra, y se escribieron muchos volúmenes sobre este

de Borgoña, que no era menos que el rey, desde que era dueño de Paris, unió á Carlos, cuarto príncipe que llevaba el título de delfin, pero desconfiando este de su lealtad, le hizo ó le dejó asesinar en el puente de Montereau, por Tanneguy del Chatel; malísimo espediente, aunque no fuese criminal.

Felipe el Bueno, hijo del duque asesinado, *la perla de los héroes y la estrella de la caballeria*, se presentó como vengador de su padre y se declararon en favor de su causa la ciudad de Paris, el rey y la reina; y una paz afrentosa celebrada con la Inglaterra (1420), dió á Enrique V la mano de la hermosa Catalina, hija del rey, con la expectativa del trono de Francia, y con exclusion del delfin.

El horror al yugo extranjero hizo que se agruparan los franceses en torno del delfin (1421), quien celebró una liga con la Escocia, recelosa del engrandecimiento de sus vecinos, y venció á los ingleses en Baugé. Enrique V volvió entonces al continente con veinte y ocho mil hombres; castigó con crueldad á sus adversarios, y desplegó en Paris un insultante boato; pero le asaltó la muerte á la edad de treinta y cuatro años, y Carlos VI le siguió de cerca al sepulcro, el cual no mereció alabanzas ni aun después de muerto.

punto. Quizá se dirá que bastaba recurrir á la esperiencia; pero, aun en esto, daban fe testigos oculares de curas operadas por el uno y por el otro.